

22º D. TIEMPO ORDINARIO. EVÁNGELIO SEGÚN SAN MATEO 16,21-27.

En aquel tiempo, empezó Jesús a explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los senadores, sumos sacerdotes y letrados y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día.

Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo: -¡No lo permita Dios, Señor! Eso no puede pasarte.

Jesús se volvió y dijo a Pedro: -Quítate de mi vista, Satanás, que me haces tropezar; tú piensas como los hombres, no como Dios.

Entonces dijo a los discípulos: -El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Si uno quiere salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará. ¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero, si malogra su vida? ¿O qué podrá dar para recobrarla? Porque el Hijo del Hombre vendrá entre sus ángeles, con la gloria de su Padre, y entonces pagará a cada uno según su conducta.

¿QUÉ MUNDO QUIERO?

¿Qué difícil es que las personas reconozcamos a Dios! El propio Jesús, como vemos en el Evangelio de hoy, tuvo que corregir las ideas que sus discípulos se habían hecho acerca de Dios, de Él mismo y de su mesianismo. Y es que tendemos a imaginarnos a Dios como alguien poderoso, pletórico de grandeza, de sabiduría y de invulnerabilidad. Por eso, Jesús quiere dejar las cosas claras para que sus seguidores no nos llamemos a engaño.

No estamos, pues, ante la incredulidad de los discípulos, sino ante la resistencia que éstos y nosotros mismos, los cristianos de hoy, podemos estar ofreciendo a Jesús en su calidad de «*Mesías sufriente y humilde*».

Los cristianos, en una búsqueda de seguridades, de simplificar nuestra religiosidad, nos hemos podido sentir fascinados por un mesianismo que «*resolviera nuestras necesidades sin ningún esfuerzo personal*». Pero aceptar a un Mesías crucificado es otra cosa. Anunciar la Palabra de Dios, vivir en cristiano, lleva inevitablemente al sufrimiento y al dolor. No porque para ser cristiano sea preciso sufrir sino porque vivir como verdadero cristiano implica «*contradecir muchos de los valores que rigen en nuestra sociedad*». Sin embargo vivir como cristiano es un gozo. Es un gozo para quienes viven del «*amor*», para las personas «*libres y generosas*», para los «*inconformistas*» que buscan cambiar el mundo en el que vivimos.

El mundo nos enseña a autoencerrarnos en los límites estrechos que proporcionan «*el egoísmo y la ambición*». Jesús, por su parte nos abre al «*campo ilimitado de la eternidad*». Nos enseña que todo lo visible tiene un más allá, que cada cosa tiene su superficie y su hondura y que abarcar ambos aspectos es poseer su verdad, todo su sentido. Lo que nos convencerá siempre de Jesús es esa «*honda relación existente*» entre su revelación y lo que las personas anhelamos en lo más profundo de nuestro corazón y ello porque «*su mensaje está dentro de nosotros*».

Una tentación de la iglesia ha sido la de apropiarse para sí, en aras de su autoridad y de su disciplina, de la figura de Jesús, un hombre que sin echar por tierra la religión que profesaban, desafió y contradijo a las autoridades religiosas para hacer de la «*libertad*» y del «*amor*» los signos distintivos de sus discípulos. Y es que Jesús no quiere que nos quedemos en el ritualismo de las prácticas religiosas. Jesús quiere que nos lancemos a la aventura de ser «*personas verdaderas*» capaces de un crecimiento sin límites. Por ello, no está de más recordar hoy que «*Jesús sigue escapándose de los que quieren definirlo y apropiárselo*».

Jesús llama a sus discípulos a seguirle para anunciar el Reino de Dios. Un seguimiento que para ser verdadero debe cimentarse en un *«seguimiento interior»*. *«El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga»*, nos dice.

Ser discípulo de Jesús requiere, pues, de un acto *«libre y consciente»*. Algo que debe ser la consecuencia de una reflexión, de un estudio y de una decisión: elegir libremente el *«mismo estilo de vida»* que el Maestro. No cabe, pues, un cristianismo sociológico si no es acorde con las exigencias marcadas por Jesús. Las condiciones del seguimiento son dos, *«renegar de sí mismo»* y *«cargar con la propia cruz»*. Renuncia y entrega.

«Negarse a sí mismo» significa no ponerse uno mismo como centro de la propia existencia. La vida cristiana exige la *«superación del egoísmo y del hedonismo»* que considera el placer como el único fin de la vida. Dominarse, esforzarse, valorar a Jesús como la mejor ganancia, es todo un proceso de conversión que llega hasta la misma raíz de la persona. Este es el camino de Jesús. O nos negamos a nosotros mismos *«viviendo para los demás»*, como lo hizo Él, o vivimos para nosotros mismos rechazando su camino. Nuestra personalidad está en la capacidad de entregarnos a los demás renunciando a ese *«sí mismo»* que intenta *«oprimirnos y oprimir a los otros»*.

«Que cargue con su cruz», es la segunda condición. Quizás alguien pueda pensar que cargar con la cruz consiste en aguantar resignadamente todo lo que nos venga encima sin luchar para que las cosas cambien. Es evidente que hay cosas que no podemos cambiar, que se escapan de nuestras posibilidades y que debemos aceptar como designios de la voluntad de Dios. Pero Jesús no está haciendo apología de esta paciente resignación. Jesús al decirnos de cargar con la cruz nos está invitando a *«no resignarnos a la injusticia»*. Y es que la religión no es el *«opio del pueblo»*, la dormidera para facilitar los planes de los poderosos que decía Carlos Marx.

Cargar con la propia cruz significa *«aceptar las inconveniencias»* de ser fiel a la causa de Jesús. Es *«amar sin limitaciones»*, gastar la vida en favor de los demás. Es preguntarse

cada día, *«¿en qué puedo servir a los que me rodean?»* Es, *«tratar de hacer en cada momento lo que Jesús haría»* y colocar este ideal por encima de todo interés personal. La cruz es un modo de afrontar la vida que debe ser *«aceptado y actualizado permanentemente desde el corazón»*

Y Jesús termina diciendo, *«si uno quiere salvar la vida, la perderá, pero el que la pierda por mí, la encontrará»*. No se trata de renunciar a la vida terrena para ganar la celestial, sino de cambiar nuestro proyecto de vida, de orientar nuestro proyecto en la dirección del amor, de proyectar la existencia en términos de entrega y no de posesión.

Porque hay un modo falso y otro verdadero de vivir. El primero se funda en el egoísmo, la persona se hace el centro de sí misma y termina por autodestruirse. El segundo encuentra el sentido de la vida en la entrega a los demás. *«Dar para que otros tengan vida»*, porque quien da con amor vive en plenitud

Podríamos resumir que se gana lo que se ofrece a los demás, lo que se sacrifica en bien del otro; se pierde lo que se guarda para uno mismo. Y esto se puede aplicar a los *«bienes materiales»*, al empleo del *«tiempo»* o a los propios *«ideales y talentos»*. Siempre será realidad que *«lo que dé es lo que tengo, lo que guarde es lo que pierdo»*. Y es que lo que ha muerto en bien del otro, resucita. La resurrección de Jesús fue la consecuencia de su entrega. Porque, *«¡a los muertos que mueren vivos no hay quien los mate!»* ¡Que así sea!

"Yo sueño con un pueblo de
Guías, libres, creativos y
entusiastas que transmitan la
alegría de vivir e impulsen el
Amor y la Paz por todos los
continentes".



P. IGNACIO LARRAÑAGA